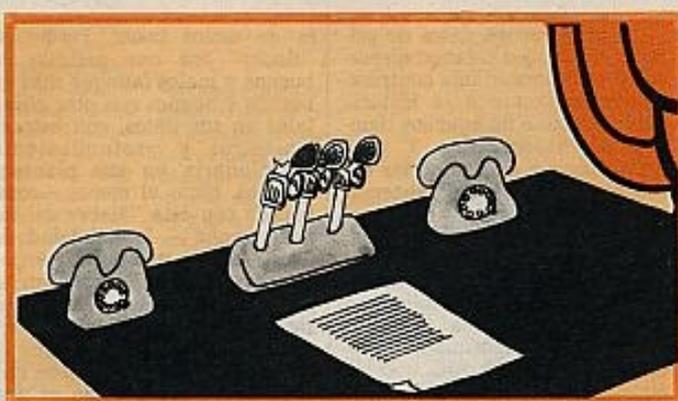


mento en que —bajo la influencia espiritual de la JOC belga— se crea inicialmente en España, con dificultades evidentes, este movimiento católico. El cual se estabiliza oficialmente en la Iglesia sólo en el segundo período de los otros diez años siguientes. De 1956 a 1966 es la plenitud para la JOC. La jerarquía católica la aprueba, vinculándola claramente a Acción Católica, y se difunde y organiza por todo el Estado español. Es la JOC un movimiento muy minoritario, pero pujante, y su desarrollo coincide con el comienzo de las dificultades políticas que experimenta el catolicismo progresista que entonces comienza, sobre todo en el mundo obrero. Los días de la conmemoración del 1 de mayo son

el caballo de batalla para la HOAC y la JOC. Los gobernadores civiles, lo mismo que los ministros, se ponen nerviosos y presionan a los obispos para que no se celebre esa fecha obrera, o cuando más que queden las intervenciones aguadas por la pretensión amarillista de parte oficial.

Sin embargo, la JOC tiene ya un gran empuje vital y no cesa en su actitud cristiana enérgica y valiente. Su norte está descrito en los modélicos militantes franceses y belgas, que relata Maxence van der Meersch en su apasionante y dura novela, "El coraje de vivir".

La jerarquía acepta el movimiento, aunque ya comienzan sus dudas. Incluso se forja en aquel tiempo un enfrentamiento



espiritual entre JOC y HOAC, porque ambas siguen métodos diferentes. La una propugna el método de revisión de vida, la

otra se centra en los **curatillos** difundidos por don Tomás Malagón, el consiliario de los obreros católicos adultos.

Aunque hay bastantes obispos partidarios de un movimiento obrero juvenil, crece el número de los reticantes que engloban a la JOC en los ataques que se hacen a la **Acción Católica** por las autoridades civiles primero y por las eclesiásticas después. Se dice que no hacen apostolado, sino que caen en el "temporalismo", como si el cristianismo fuese una cosa desencarnada de la vida y sólo mirase hacia un cielo etéreo.

El Evangelio es vivido por estos militantes en su dimensión humana y social, y comprenden que se impone en nombre del cristianismo una lucha decidida por los derechos básicos de la persona humana. Lo que hoy parece evidente, hasta a los más conservadores dentro de la Iglesia, es entonces una osadía peligrosa porque la jerarquía no quiere maquillarse con el régimen de Franco.

Es la difícil época de Ramón Torrella, el consiliario de JOC, que ve retiradas sus licencias para celebrar Misa en la diócesis de Madrid y sólo recibe el apoyo del cardenal primado Pla y Deniel, dentro del silencio casi general de muchos obispos.

Por último, Castaño recoge en su libro los datos de la última etapa: la de la crisis. La Acción Católica, en todas sus ramas y movimientos especializados (obreros, universitarios y graduados), es mirada con verdadero recelo ya por la jerarquía: don Casimiro Morcillo y monseñor Guerra Campos son los autores de su práctico hundimiento, cuando todavía podía haber tenido esta organización apostólica múltiple una gran misión dentro del ámbito del Estado español. Se vive acuciantemente el dilema de ser fieles a la Iglesia oficial o de serlo al pueblo y a su ambiente. Y ahí termina el autor su libro, y se puede decir que pronto terminará la Acción Católica.

ADIOS A LAS LETRAS

Para morir allí

Me hubiera gustado más no tener la nostalgia de "Morir en Madrid". A mi lado, mientras los personajes entran y salen de las cancellerías, sonreían ante aquellos cameramen de pitillo mínimo y desinflado y contaban hasta cinco antes de prolongar la guerra un poco más, los emigrantes se revolían en los asientos incómodos del cine extranjero, como si alguien les contara una historia que vivieron con sus uñas, sus dientes, su hoz, su martillo o con su camisa vieja.

Salía uno del cine con otra ojera. Los perros desahuciados no hubieran sido menos agoreros aquellas noches en las que uno vela por enésima vez —vino el enésimo familiar del pueblo— "Morir en Madrid".

Ahora la hemos tenido aquí. La cámara es igual de frenética, los cortes son igualmente sensibles y el millón de muertos no ha resucitado. De hecho, la película no hubiera resucitado tampoco si no quisiéramos alimentar de documentos del pasado toda nuestra vida presente. Como no vivimos la guerra ni la queremos repetir, la revivimos en cinemascopo.

Nos obligaron, en efecto, a una cierta nostalgia de aquella época ingrata. Nos lamentamos del sufrimiento de la pantalla, pero, desde ella algo nos reclama que estemos allí, para morir allí.

No pasa el hombre dos veces por el mismo río, ni vamos a cortarle la cabeza a Padilla una vez más en Villalar. A Villalar se fueron los castellanos a revivir una historia que no

fue filmada, pero que para ellos les trae tantas nostalgias como al resto de los españoles esta dichosa película que ahora nos ponen aquí en versión original. Intentaron hacer una versión apócrifa, la verdad, con los textos favorables al bando vencedor, pero al final no se atrevieron y nos dejaron que lloráramos sólo aquellos que habíamos emigrado con un pasaporte para un solo viaje.

Nadie repite otras historias ni los novelistas se van al Jarama cada año para repetir la excursión de los personajes de ese pastor de la gramática que es Rafael Sánchez Ferlosio, que

Rafael Sánchez Ferlosio.



pasea por sitios anónimos de Madrid la saca marrón de los recuerdos que desprecia y que parece un ser a punto de olvidarlo todo, aunque dé la mano con más fuerza que Antonio Lebrija. La gente sólo conmemora historias verdaderas, llora por ellas y llena los cines para ver el brazo en alto o la voz engolada del Jefe de Estado que se autoproclamó en Burgos. Nadie conmemora la ficción, la novela por sí misma, la vida que no tiene mitos porque nació exclusivamente para ser un mito, una creación, y como tal muere.

Susan Sontag ha venido para ponerle palabras a ese recuerdo tremendo de un pasado que yo no tuve porque no lo viví. Yo no estaba allí. Si hubiera estado, tampoco hubiera querido ver la película de nuevo, porque la verdad es más pegajosa que el celuloide. Si Susan Sontag hubiera venido antes, quizá le hubiera puesto palabras al Jarama, y hubiera visto por la rendija de una puerta esa aparición excitante de un Rafael Sánchez Ferlosio amarrado a un bastón de madera simple, con su barba incipiente, un espectro que se ríe de cualquier nostalgia, pero los norteamericanos son pragmáticos. Sólo vienen a lo que vienen. Los de Brigada Lincoln vinieron a pelear al Jarama y no hicieron otra cosa. En el Jarama, Susan sólo habrá visto las piedras revueltas que dejaron los brigadistas. Las muertes de la novela de Ferlosio eran muertes de ficción. ■ SILVESTRE CODAC